

LA provincia para un gran número de capitalinos es un país estático, una especie de Arcadia donde mayores y subalternos ejercen su vida conforme al "buen gusto" nativo. Los preceptos que rigen esta Arcadia son el anacronismo, el prejuicio, la intransigencia. Los que así opinan reducen la provincia al Lavalle madrugador que acompaña a las mujeres a la iglesia, al silencio pesado, roto apenas por el triste metal de las campanas, a la dramática luz que oscila en los faroles. En esta visión falsa e inoperante de la provincia, que más linda con un poeta folklórico que con López Velarde, intenta hallar permanente sosiego el habitante desgarrado de la gran ciudad que sigue como modelo al inocuo elefante de las películas de Tarzán que autodeposita su osamenta en lo más provinciano de la selva.

La otra visión que generalmente tiene el metropolitano de la provincia es peyorativa. Y es que ésta como concepto entraña desdén, conmiseración. Etimológicamente es la región conquistada; supone, pues, un estado de sujeción del vencido frente al vencedor. "La provincia —dirán los que se juzgan más audaces— todavía cree en el bien y en el mal; conserva el sentido de la indignación y del asco". En la capital se "le quita a la pasión todo su carácter: diariamente Fedra seduce a Hipólito y no le importa al mismo Teseo. La provincia deja aún al adulterio su romanticismo: el marido, el amante, el confesor, el niño siguen siendo allí protagonistas de admirables tragedias". El detalle lo supo apreciar Rodolfo Usigli en *El niño y la niebla*. (Desgraciadamente para él la niebla no es sólo patrimonio del niño sino de todos los personajes y consecuentemente de la acción). La provincia no es únicamente una tragedia para los adúlteros sino también para los sodomitas. Estos para vivir en ella "tienen que recurrir a varias máscaras, a arrebujarse en una nube tenebrosa. En una ciudad de cien mil habitantes no se podrían denunciar a diez; ¿de qué ardidés tienen que valerse! En México se muestran sin tapujos; han arrojado sus cuchillos y sus máscaras; ni siquiera se les mira". La provincia es, en esta visión, farisaica. "La avaricia, el orgullo, el odio, el amor espiado sin tregua, se esconden, se fortalecen con la resistencia. Detenida por la presa de la religión, la pasión se acumula en los corazones". En tanto que el capitalino, lúcidamente publicano, al enumerar sus culpas opera en sí una benéfica catarsis.

La metrópoli ha subyugado a la provincia no con lo excelente, sí con lo rampolón. "Sus modas, sus tonadas cursis, llegan hasta las más remotas aldeas...

E L E S C R I T O R



...valiosa, heroica producción...

al purismo: la ironía por la ironía. Es un hombre retórico. El provinciano se reúne para comer, para beber; platica lo indispensable en los entreactos. El capitalino se reúne para charlar, comiendo y bebiendo marginalmente. El provinciano busca la calle en su casa; el metropolitano su casa en la calle. "Los provincianos casi nunca se proveen de invitados fuera de su medio, de su mundo. Ni la inteligencia ni el talento cuentan, sino únicamente la posición". Las reuniones en México atestiguan lo contrario: se tiende al exotismo, a la reunión cosmopolita. La posición no la otorga el dinero sino la propaganda.

Adaptando los aforismos sobre la provincia de François Mauriac a nuestro medio —la provincia es una e idéntica— se puede decir que el placer de México "está hecho de un aislamiento, de una oscuridad de los que estamos seguros de

EN LA PROVINCIA

Todo lo grande que se crea en México lo ignora la provincia". La provincia está más cerca de Agustín Lara y de Armando Valdez Peza que de Alfonso Reyes y Octavio Paz.

Pero el oprimido también se ha formado un juicio de su opresor. Este y la ciudad en que vive son para aquél centro de todos los vicios, avanzada del desquiciamiento social y moral que amenaza al país. La provincia es, en cambio, el último reducto de los valores tradicionales, de las virtudes mestizas. El provinciano puede llegar a reconocer sus desventajas en relación con el habitante de la capital, mas ve en sí, actualizadas, virtudes de las que cree desprovistos a los metropolitanos: la limpieza de ideas, de sentimientos, la cortesía.

En provincia se vive seriamente; en la capital se conoce, se practica y se abusa de la risa, de la ironía. El provinciano cuando las usa les confiere inusitado filo a los vocablos, agresiva rectitud a las ideas. Más que conocer el lenguaje de la ironía, conoce y ejercita el de la verdad: es un hombre espontáneo. El capitalino frena sus impulsos, los convierte en actos mediante un proceso alambicado. Su lenguaje es pastoso a fuerza de figuras. Cuando usa la ironía llega

poder salir cuando queramos y a los que volvemos al menor cansancio. El horror de la provincia se debe a la certidumbre que tenemos de no encontrar allí a nadie que hable nuestro idioma, pero en cambio de no pasar inadvertidos un sólo instante... México es una soledad poblada; una ciudad de provincia, un desierto sin soledad".

Si en México el escritor no tiene una función específica, en provincia es visto y juzgado en forma negativa; no solamente en ocioso e improductivo sino también disolvente e inmoral. Tal vez esto se deba a que muchos de los artistas que no la abandonan sean los decoradores de templos y las imprescindibles poetisas que casi siempre son, respectivamente, homosexuales y prostitutas. El otro tipo de artista —de mayor mérito— que permanece en ella y es aceptado socialmente es el profesionista o el "niño bien". La "posición" los vuelve intocables, les concede un sitio aparte: los aísla, no los confisca.

La clásica promoción de literatos jóvenes que en toda provincia existe, más que ser atacada es vista con burlona simpatía. Como son hijos de familia están a salvo del cese, aunque no de una benévola cuarentena. Son ellos mismos los que

ejercen la intransigencia: luchan contra lo existente, contra lo petrificado. Por lo general editan una revista que rompe con todo: con la tipografía, con la gramática, con la literatura. Es el mensaje náufrago encerrado en una botella. Su buena fe los salva: emigran.

Para el escritor la provincia es un monólogo; la capital, un diálogo. De allí que sea tan valiosa la heroica producción de los escritores que crearon su obra en la provincia, como Manuel José Othón, Alfredo R. Plasencia, Francisco González León. Ramón López Velarde, por antonomasia el cantor de la provincia, consolidó sus facultades en la metrópoli, donde produjo asimismo sus mejores poemas. Vale más humana y estéticamente *Zozobra* que *La sangre devota*. En su primer libro la provincia —sin dejar de ser auténtica— es más epidérmica, más de bulto. En su segundo y tercer libros más esencial, más esquelética. En ostracismo voluntario, López Velarde pudo meditar y profundizar en su significado, en sus características. Sus rasgos físicos: la villa, la plaza de armas, el palacio municipal, la parroquia, la alame-

permite al creador ocupaciones en consonancia con su gusto. La provincia, más estrecha en sus límites, no ofrece, o lo



...si jamás hubiera salido de mi villa...

Así como México tiene respecto de Europa vida colonial, la provincia gira, en todos los órdenes, alrededor de la metrópoli: es el reflejo último de una serie decrepita de reflejos. Si los escritores de la ciudad de México siguen modelos europeos y norteamericanos, los literatos de provincia se empeñan en modular su voz más o menos como se acostumbra en la capital. (No me refiero, claro está, a los escritores ramplones y pueblerinos que aún arañan las vetas agotadas del siglo XIX. Estos no existen).

Literariamente en vez de República somos una Colonia: pagamos la modernidad con el oprobioso tributo de la falta de autenticidad. Entre nosotros, el escritor de técnica más avanzada es aquél que ha leído antes que nadie los libros que modifican la historia universal de los estilos imperantes.

A las modas literarias se pueden aplicar los razonamientos de Simel sobre la vestimenta. Las clases altas varían de atuendo cuando las bajas se apropian del suyo. Cuando los escritores de provincia igualan sus estilos con los de los metropolitanos, es porque éstos (los escri-

Y EN LA METROPOLI

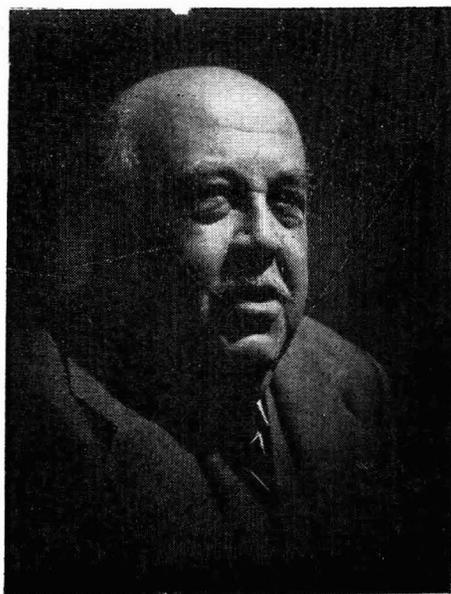
Por Emmanuel CARBALLO

da, “el caserío de estallante cal”, “los naranjos de elección”, los domingos y fiestas de guardar, los días de novenario, se transmutan como el “florecimiento que se vuelve cosecha”. La pompa lujuriosa de la liturgia se torna en amado espectro de su rito. Ya no describe la provincia, se sirve de ella —como geografía e historia— para calificar o determinar sus estados anímicos, o como materia prima para crear metáforas e imágenes. Así su alma se desazona “como pobre chicuela a quien prohíben en el mes de mayo que vaya a ofrecer flores en la iglesia”. O bien compara el rostro de Fuensanta con su “redecilla de medrosas venas” con un “campo de trigo en que latiese una misantropía de violetas”. De igual modo, respira la presencia de su amada “como en la fiesta del Corpus respiraba hasta embriagarme la fruta del mercado de mi tierra”.

En el momento o momentos de la creación la provincia tiene el mismo valor que la capital. Mas ésta tiene sobre aquélla en la vida diaria del escritor indudables primacías: el estímulo de una vida cultural más amplia, el acicate constante de la competencia, la conversación con escritores afines en edad y en ideas y aún mayores, la división del trabajo que

ofrece menguado, el ambiente propicio para que el escritor se desenvuelva. El mismo López Velarde traza en esta hipótesis el cuadro de muchos escritores de provincia:

“Si yo jamás hubiera salido de mi villa, con una santa esposa tendría el refrigerio de conocer el mundo por un solo hemisferio.”



...provinciano universal...

tores) han avizorado una nueva tendencia, una nueva escuela, han cambiado de moda, han adoptado, en definitiva, la penúltima moda europea.

Mas todo lo que se ha dicho de la provincia y la capital es aplicable a personas de distinta geografía. En la ciudad de México todas las entidades federativas tienen su delegación que hace en la gran ciudad, a imagen y semejanza de su pueblo, otro igual: celebran a sus santos patronos, organizan su casino donde comen y bailan, se casan entre sí. Otros provincianos, en cambio, se asimilan a su nueva vida, llegando a ser más metropolitanos que los oriundos de la capital. El metropolitano que vive en provincia, en cambio, se siente desterrado, degradado, situaciones que compensa con una indiferencia y una aparente o real superioridad que resultan para los provincianos enojosas, intolerables.

En la capital hay escritores que por su concepción de vida y arte superan en estrechez a los provincianos; el caso opuesto, menos frecuente, también suele presentarse. La provincia y la capital además de realidades son estados de ánimo transitorios o permanentes. Se nace, en definitiva, provinciano o metropolitano.